



Los Argonautas [teatro]

JESÚS HUMBERTO FLORENCIA ZALDÍVAR

*Te pertenece a ti que ya vienes en camino.
Para Sofía Ramírez Gómez y Ma. Fernanda Ramírez Gómez.*

PERSONAJES:

Los humanos:

- JASÓN
- ARGOS
- ACASTO
- HERACLES
- ATALANTA
- MEDEA

Dioses y monstruos (interpretados por muñecos):

- ZEUS
- PELIAS
- LA ESFINGE
- FINEO (*Un Tecolote*)
- LAS HARPIAS
- EETES (*El Dragón*)
- ARCTÓN (*El Gigante*)

Esta es una obra basada en la mitología griega. Las ciudades que aquí se describen no requieren de una escenografía precisa, basta con detalles que permitan la ambientación.

Los Guerreros de la Noche pueden ser reemplazados por muñecos de trapo o cartón, los que sujetarán sus respectivos escudos, y tendrán la movilidad de por lo menos un brazo, con el que empuñan la espada.

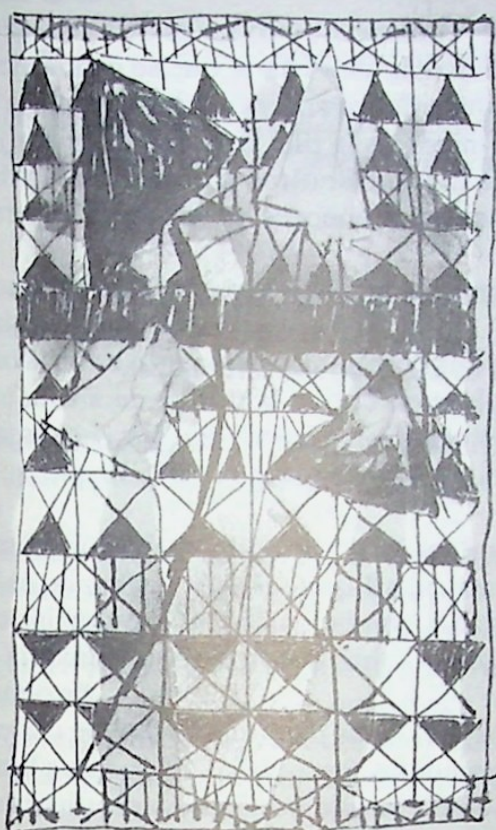
Sonido de tambores dará la indicación de quedarnos en completa oscuridad. De esta manera podrán verse los destellos y escucharemos con claridad algunos relámpagos. Una espesa bruma debe invadir el ambiente y, como si proviniera de la nada, una voz gentil y potente, la voz de Zeus, es quien parece calmar la tempestad.

Jesús Humberto Florencia Zaldívar: Licenciado en Literatura Dramática y Teatro (UNAM). Estudios de Maestría en Letras Hispanoamericanas (UNAM).

Publicaciones: Luna que se quiebra (novela). Ediciones Castillo, 1994; En Cadena Nacional (novela) UAEM, 1996; "Cementerio de moscas" (Teatro), en

El rencor y otros filos, UAEM, 1996; "Khaos", en Revista Coatepec, año 4, núm 1, primavera-verano, 1995.

Reconocimientos recientes: Mención especial por Intenciones ocultas, en el Concurso Nacional de Dramaturgia "Héctor Mendoza" (1996); Becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997-1998.



C. Barquilla 97

Voz de Zeus: Lo que ustedes están a punto de presenciar sucedió hace muchos, muchos años, justo cuando los hombres pensaban que el mundo era regido por infinidad de monstruos y dioses. Pero esos tiempos han terminado.

Sostenido desde algún sitio en alto, surge la presencia de Zeus; él es un muñeco de largas barbas que se confunden con las nubes. En una mano sostiene un relámpago.

Zeus: No teman. Mi nombre es Zeus, señor de todas las deidades que habitan en el Olimpo y en la tierra. . . O así me pareció hasta que la humanidad se rebeló en nuestra contra. ¡Jamás había visto semejante arrogancia en criaturas tan imperfectas! Mas sin embargo, reconozco la capacidad de la inteligencia en algunos de ustedes. Sólo en algunos. Me siento feliz al comprobar cada día que los mortales han dejado de ser bichos temerosos y que tampoco necesitan de nuestros poderes para solucionar sus problemas. Aunque debo señalar, con enorme indignación, que todavía hay gente ambiciosa, a la que no le importa destruir con tal de obtener el poder absoluto; un poder tan sólo comparable al de los dioses. (Destellos y relámpagos.) Por ejemplo, observen allá abajo, en el reino de los Eolios.

Dispersada la bruma, descubriremos una ciudad en penumbra y derruida. De entre las ruinas, aparece un gigante, al cual no vemos el rostro a causa del casco que le cubre.

Zeus: Pelias es el nombre de ese villano. Pero descuiden, mientras yo esté presente, no les hará daño.

Pelias: Busco a un rapaz cuyo nombre es Jasón. He derrocado a sus padres, los que fueron reyes en esta parte del mundo, y quiero impedir que se cumplan las profecías.

Zeus: Las profecías se cumplirán: Jasón regresará, hecho hombre y valiente guerrero para derrocarle.

Pelias: ¡Imposible! Yo cuento con el apoyo de malignos dioses, quienes me han otorgado poderes que ningún mortal podría vencer.

Zeus: Jasón es mi protegido y cuenta con su inteligencia para liberar a los Eolios y al mundo de tu cruel influjo.

Pelias: Bájale, Zeusito. De atreverse a poner un pie en mis dominios, ten la seguridad que Jasón se arrepentirá por el resto de su vida. (Sale riéndose a carcajadas.)

Nuevamente la oscuridad, dejándonos con Zeus.

Zeus: Un Centauro es un ser sabio, mitad hombre y mitad caballo, y gracias al Centauro que lo ayudó a escapar, Jasón creció sin dificultad; de no ser por la enorme tristeza de saber que su familia fue muerta por el malévolos Pelias. Así que tuvieron que transcurrir largos veinte años para que regresara al reino de los Eolios para cumplir con su misión.

Acompañado por el sonido del mar, Jasón llega hasta el sombrío paraje del principio. A lo lejos, el sol sólo es una llama roja. En un extremo, un hombre martillea una embarcación.

Hombre: ¿Quién eres, que caminas con tanta firmeza en un país invadido por el miedo?
Jasón: Jasón.

Hombre: Con tal de conquistar esta parte del mundo, muchos hombres han querido llamarse así. Por lo que si tú eres uno de tantos impostores, mejor regresa por donde viniste, porque en estas tierras habita la muerte.

Jasón: Lo sé. Mis padres perecieron en este lugar y Pelias se fortalece con el miedo de la gente, y es el miedo el que lo vuelve invencible, pero yo no le temo. *(En otra parte, Pelias ha despertado.)*

Pelias (al público): No hay plazo que no se cumpla. Jasón ha regresado, siento su presencia. ¡Acasto, ven aquí!

Acasto: Diga, su majestad.

Pelias: Tu labor consistirá en ganarte la confianza de Jasón y destruir todos sus intentos por derrocarlo.

Acasto: No entiendo por qué darle la oportunidad de enfrentarte. Eres más poderoso. Con una sola de tus manos lo podrías aplastar y tu reino estaría a salvo.

Pelias: Efectivamente. Su muerte no me vendría nada mal, pero primero es mi deseo que sienta pánico por mí. Porque un hombre temeroso se vuelve manipulable y fácil de controlar. ¡Quiero que Jasón sea mi esclavo! Ahora ve y cumple con tu trabajo. *(Ambos desaparecen.)*

Hombre: Sabías son tus palabras, marinero.

Jasón: Posiblemente, pero lo que ahora requiero no son palabras, sino una embarcación indestructible; una que pueda llevarme a la búsqueda del vellocino de oro.

Hombre (con interés): Un vellocino, ¿de qué cosas

estás hablando?

Jasón: El vellocino de oro no es otra cosa que la piel de un carnero; la piel con la que se cubrían los dioses mucho antes de inventar el calor. Cuenta la leyenda que mientras la piel siga siendo de oro, jamás se apagará el sol. Mientras el corazón de los hombres no se llene de rencores, el vellocino seguirá siendo dorado.

Hombre: ¿Y por qué has empezado a buscar en el lado más oscuro de la tierra?

Jasón: Porque precisamente es en la oscuridad absoluta en donde la más pequeña luz brilla con mayor intensidad. Ahora bien, si ya he respondido a todas tus preguntas, es preciso que me digas tu nombre.

Hombre: Argos, y compruebo con felicidad que realmente eres Jasón, el único capaz de enfrentar a Pelias y acabar con la maldición que domina este país.

Jasón: Veo que has construido un barco sin la ayuda de otras manos.

Argos: Zeus me guiaba; él sabe cuáles son las mejores maderas, las que le den forma a la nave más resistente y la que pueda llevarnos hasta el fin del mundo.

Jasón: Hace falta entonces que conformemos una tripulación.

Argos: No te preocupes, Zeus nos habló siempre de tu llegada y durante todos estos años nos escondimos para que ninguno descubriera nuestra futura misión. Sólo falta que demos la señal precisa y ellos vendrán.

Argos corre hacia el interior del barco y despliega las velas, las cuales llevan la figura de un carnero. Luego, a lo alto, surge Zeus. Mientras habla, una luz buscará entre el público a los convocados. En cada ocasión que aparezca un héroe, estará presentado por fanfarrias.

Zeus: Para la expedición más peligrosa debían asistir los más valientes, los más astutos e inteligentes. La tripulación estaría constituida por el propio Jasón, como el capitán. Lo acompañarán Argos, quien mejor emplea la jabalina y es dueño de un escudo mágico. *(Con el mismo escudo se protege de las rocas que le son arrojadas.)* Heracles, el hombre con mayor fuerza. *(Rompe unas cadenas y nos muestra su musculatura.)* Y Atalanta, la persona más veloz sobre la tierra.

Acasto: ¡Un momento! No estoy conforme. El viaje es demasiado arriesgado y una mujer sólo nos estorbaría.

Atalanta: Mide tus palabras, bellaco. Menospreciar a una mujer podría resultarte de graves consecuencias.

Acasto (ríe a carcajadas): ¡Ilusa! Te propongo lo siguiente: juguemos una carrera hasta el barco. Te demostraré, con esta sencilla prueba, que una expedición no es comparable a las labores domésticas.

Jasón (dirigiéndose a la tripulación): ¿Qué es lo que sucede allá, con rumbo a las colinas? *(Por más que se esfuerzan, no logran ver nada.)* Parecen dos competidores.

Argos: Perdona, Jasón, tus ojos son más precisos y tienen más alcance que los nuestros.

Atalanta y Acasto se preparan para correr, pero antes de la señal de salida, Acasto arroja sobre Atalanta una red. A tiempo, ella logra liberarse y ganar la carrera, para la admiración de los presentes y envolver al tramposo con su propia red.

Jasón: El arrogante ha sido humillado con su propia maldad.

Acasto: ¡Exijo justicia! Como habrán visto, esa mujer me hizo trampa.

Atalanta (*quitándole la red*): ¡Mentira! Truhán vil; defiéndete porque vas a morir.

Desenfundan sus espadas, pelean y Atalanta vuelve a ganar, pero en el momento de guardar la espada, Acasto le arroja un polvo brillante que la hace desmayar. Viéndola en el suelo, intenta eliminarla. Antes, Heracles le detiene la mano.

Argos: Te ganó en buena ley.

Heracles: Y si en breve, Atalanta no reacciona, yo mismo me encargaré de que no vuelvas a ver la luz del sol.

Acasto: Ustedes no la conocen; es una bruja maligna. (*Atalanta despierta y sus compañeros le impiden que ataque al enemigo.*) Zeus me envió en busca de Jasón, pero antes fui atacado por esa mujer.

Argos: ¿De qué nos serviría llevar a un hombre que pelea a traición?

Acasto: Conozco el arte de la hechicería; predigo el futuro inmediato y puedo lograr que el clima nos favorezca.

Jasón: Bien, acompáñanos. . . (*La respuesta sorprende.*)

Apurémonos a zarpar antes que el tiempo se vuelva en nuestra contra. (*Todos abordan la nave.*)

Argos (*en secreto*): No creo que sea prudente llevar con nosotros a un maleante.

Jasón (*igual*): Descuida. A veces conviene tener cerca al enemigo para conocer de ante mano sus ocultas intenciones.

Argos (*feliz*): ¡Amigo Jasón, eres muy astuto! (*Cuando Jasón gana la proa, entre vítores y fanfarrias, comienza a soplar el viento.*)

Jasón: Declaro que esta nave que ha de trasladarnos hasta lugares peligrosos y desconocidos lleve el nombre de su constructor: ¡Nuestro barco ha de llamarse Argos!

Zeus (*viendo cómo los remos impulsan a la embarcación sobre el océano —que puede simularse por medio de ondulantes telas.*) Fue por ello que a estos navegantes se les conoce como Los Argonautas. Son los exploradores de un mundo invadido por el miedo y que en el momento de ser conquistado por maléficas fuerzas, podría desaparecer para siempre.

(*Aparece Pelias.*)

Pelias: ¿Creen acaso que podrán vencerme? En los mares, hacia donde se dirigen, abundan la confusión y la desconfianza.

Zeus: ¡Aléjate, Pelias! Tus poderes, por el momento, sólo tienen alcance en la voluntad de los Eolios. Una vez que Los Argonautas salgan de los confines de este reino, tu influencia sobre de ellos habrá terminado.

Pelias (*con malicia*): Eso es lo que tú crees, Zeus insignificante. ¡Observa! (*El ambiente oscurece.*)

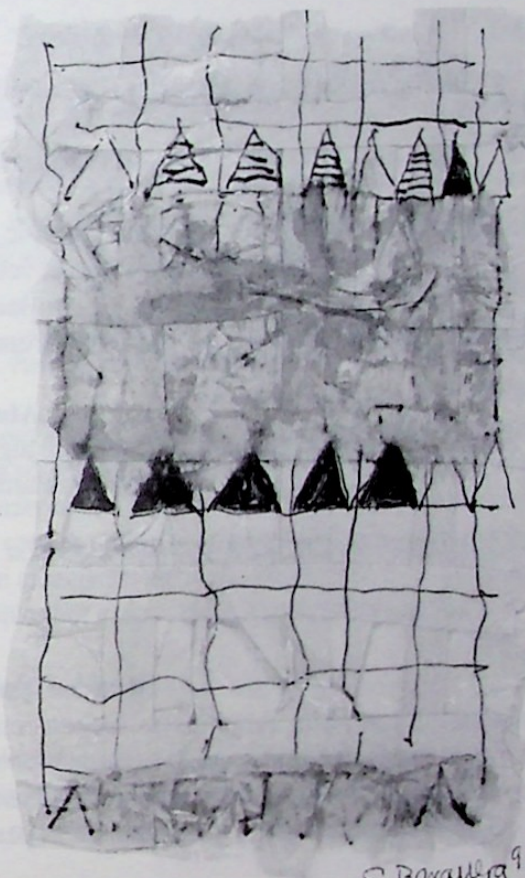
Demostrarles debo, a todos los dioses del universo, incluyendo a Zeus, que su tiempo ha terminado y que corresponde al mal dominar al espíritu humano. (*Una fuerte tempestad atrapa al barco.*)

Acasto: ¡Retrocedamos! Ésta es una terrible profecía. Seguramente Zeus se ha disgustado y nos advierte que regresemos.

Pelias (*apoyándose con los truenos, nubarrones y el viento de la tempestad*): ¡Venid a mí! ¡Que los rencores, el odio y las angustias del mundo me otorguen la fuerza suficiente para vencer a Los Argonautas!

Zeus: Confíen en ustedes. La humanidad no debe tener la misma existencia que un animal temeroso.

Pelias: Cuando Los Argonautas sean vencidos, enfrenaré a Zeus para coronarme como el más poderoso.



C. Barquero 97

Jasón: ¡Resistan, Argonautas! Remen, remen con todas sus energías. *(Por un momento, los navegantes luchan contra la tormenta. Asimismo, los truenos se manifiestan con mayor potencia, pero al final, el barco supera el mal clima. Cuando todo vuelve a la normalidad, el paraíso se muestra en aparente calma. Hacia algún punto vislumbramos una construcción.)* ¿Qué lugar es éste?

Atalanta: Por el templo que se encuentra allá adelante, todo indica que hemos llegado a Salmidesia.

Acasto: Jamás lo había escuchado mencionar. Pero es un paraíso. Propongo que nos quedemos en este sitio para siempre.

Argos: ¿Has olvidado nuestra misión? ¿O acaso te acobardó el temporal?

Acasto: Vuélveme a llamar cobarde y probarás el sabor de mi espada.

Jasón: ¡Deténganse! No permitiré que mi tripulación pelee entre sí.

Un sonido interrumpe la discusión; se trata de un agradable canto.

Argos: Música tan bella no había escuchado en mi vida.

Heracles: Hay algo extraño en todo esto.

Jasón: Tienes razón, Heracles. Presiento que quien origina ese canto nos llama al peligro. De todas maneras, debemos ir.

Acasto: Opino que mejor nos regresemos. No tiene caso arriesgar nuestras vidas por una tontería.

Heracles: Debo admitir que Acasto está en lo correcto.

Jasón: Sin embargo, tengo el presentimiento que ese mismo peligro nos dará la clave para encontrar el lugar donde está depositado el vellocino de oro. *(Baja del escenario, acompañado por Argos.)*

Atalanta (siguiendo a Jasón): Vamos. No podemos dejarlos solos.

Heracles: Estoy de acuerdo. Lo que encontremos al final del camino, es indispensable que lo enfrentemos juntos.

Atalanta: ¡Así se habla, compañero! ¿Y tú, Acasto, no vienes?

Acasto: Esperaré su regreso. Piensen que alguien debe cuidar de la nave. *(El telón debe cerrarse, mas un poco antes, concluye con malicia.)* En caso de que sobrevivan, una sorpresa les espera...

En algún punto, los Argonautas se topan con La Esfinge; un monstruo —de cartón o de madera—, cuerpo de mujer y rostro de león.

La Esfinge: ¡Caminen y los devoraré de un sólo mordisco!

Heracles: Ha llegado el momento de demostrar la fortaleza de Heracles.

La Esfinge: De acuerdo, Argonautas, luchen conmigo. Enfurézcanse; experimenten odio. Para mí, no existe mejor alimento. Cada vez que los humanos sienten desprecio, o cualquier sentimiento desagradable, mi cuerpo se llena de energía. *(Los Argonautas desenfundan.)* Perfecto, sus aguerridos corazones me convierten en un ser perfecto. Entre más odien, más perfecta seré. *(Las espadas no le hacen daño.)* Denme todo su furor, Argonautas...

Jasón: ¡Deténganse, compañeros! Cómo es posible que este monstruo sepa quiénes somos.

La Esfinge: Muy sencillo, insignificante mortal llamado Jasón. Mucho antes de la aparición del hombre, yo pisé este planeta; yo soy la milenaria Esfinge, y la Esfinge lo sabe todo.

Jasón: Hablas sin sentido. Estoy seguro que no lo conoces todo.

La Esfinge: ¡Mmm, muchacho astuto! Ponme una prueba y si desconozco la respuesta, tú y el resto de Los Argonautas quedarán libres.

Jasón: Una adivinanza. Pongan mucha atención: existe, pero tampoco existe. Los hombres, a veces son sus amos y a veces sus esclavos; por los hombres vive y por los mismos desaparece; es los ojos, la piel, la voz, pero también el olvido de la humanidad. ¿Qué es o qué no es?

La Esfinge (luego de una sonora carcajada ajada): Ignorante, la respuesta es demasiado simple. Se trata del tiempo, porque sólo del tiempo es dudosa su existencia.

Jasón: Te equivocas, ésa no es la respuesta. *(Indican los relámpagos el disgusto de La Esfinge.)*

La Esfinge: Entonces deben ser los pensamientos, porque sólo los hombres son amos y esclavos de sus pensamientos.

Jasón (*tranquilo, mientras la oscuridad invade el sitio.*): Tampoco. Parece que tu sabiduría no es infinita, Esfinge.

La Esfinge: Ah, ya entiendo. Tu intención es confundirme, pero no lo lograrás. Es el hombre mismo, porque sólo los humanos son capaces de glorificarse y autodestruirse.

Jasón: Estuviste muy cerca, pero fallaste. La solución al acertijo eres tú. (*Aumentarán los destellos luminosos en la oscuridad.*) La Esfinge nació de nuestros odios y rencores. . .

Argos: Por lo tanto, el odio, como La Esfinge, existen, pero tampoco existen.

Atalanta: Por lo tanto, el hombre es amo y esclavo de sus odios y rencores.

Entre los relámpagos, cada Argonauta seguirá dando las claves, hasta que La Esfinge desaparece y la normalidad vuelve al paraje. Pero la felicidad queda interrumpida a causa de unos lamentos acompañados por extraños gruñidos. Los Argonautas buscan el origen de dichos sonidos y los descubren en un tecolote de tamaño humano.



C. Bargueta '97

Tecolote: Acérquense, Argonautas. Mi nombre es Fineo y no les haré daño.

Argos (*sorprendido*): ¿Hablas? ¿Y cómo es posible que nos conozcas?

Fineo: Porque lo sé; poseo el don de la clarividencia y soy capaz de conocer el futuro. Ustedes buscan el vellocino de oro, el cual les dará la fuerza necesaria y los protegerá del despiadado Pelias.

Heracles: Déjame ver si entiendo. Si predices el futuro, eso significa que sabes si triunfaremos o si fracasaremos en nuestra expedición.

Fineo: Efectivamente, lo sé. Pero estoy imposibilitado para responderles. Hace tiempo hice predicciones que llenaron de avaricia el corazón de los hombres; yo fui el responsable de muchas guerras y muertes. Por eso fui castigado; me abandonaron en este sitio y bajo la constante amenaza de ser destrozado por las feroces Harpías.

Atalanta: ¿Harpías? Jamás había escuchado que nadie las mencionara.

Argos: Las Harpías son aves enormes y carnívoras; tienen alas de murciélago, cuerpo de cabra y poseen un rostro aterrador. (*Se escuchan extraños gruñidos.*)

Fineo: Ellas deben ser; se aproximan.

Heracles: Pues yo no les temo. Dejen que las vea y se arrepentirán de sus maldades.

Jasón (*a Fineo*): ¿Por qué no huyes? Acompáñanos.

Fineo: Imposible. Las Harpías me seguirían a donde fuera. Pero puedo proponerles un trato. Si las destruyen, en agradecimiento les diré el lugar exacto en el que se encuentra el vellocino de oro.

Jasón: ¡Convenido! ¡Argonautas, prepárense para pelear! (*Todos desenfundan sus espadas para dirigirse hasta el otro extremo, en donde ya los esperan Las Harpías. Luchan y Argos está a punto de sucumbir, pero es rescatado por Atalanta. Parece que Las Harpías son invencibles, hasta que Heracles las sujeta para que Jasón les corte la cabeza. Hasta entonces, el telón volverá a abrirse para que Los Argonautas se dirijan a su barco.*)

¡Hemos triunfado! Ahora, Fineo, es tu turno; cumple con lo convenido.

Fineo: Así lo haré. Vean allá, al horizonte, donde el sol intenta ocultarse. A lo lejos se encuentra la ciudad de Colquis; es ahí donde sus habitantes ocultan el vellocino de oro.

Acaso: No lo puedo creer. ¿Acaso debemos obedecer a un tecolote? Me rehusó a continuar si nos dejamos mandar por una bestia.

Jasón: Entonces puedes quedarte. Aquel a quien desprecias, nos ha servido de mayor ayuda que tú.
Acasto: ¿Han escuchado? El mando del barco lo ha convertido en un hombre soberbio. Les propongo que cambiemos de capitán. *(Ninguno de Los Argonautas lo escucha y mejor suben a su nave para elevar anclas e izar las velas.)*

Los Argonautas, incluyendo a Acasto que a regañadientes vuelve a incorporarse, reman con entusiasmo. Con sábanas azules, el océano que se extendía con tranquilidad, paulatinamente se irá alterando.

Argos: Jasón, ¿qué sucede?
Jasón: Me temo que nos aproximamos a un nuevo dilema. Debemos estar atentos.
Acasto: Lo sabía. Mejor retrocedamos. Con seguridad, Jasón nos llevará a la muerte. Tantos obstáculos sólo pueden significar que los dioses

Fineo *(entregándole a Jasón un cofre pequeño):* Toma, te servirá en el momento de una insuperable trampa. . . Tengan cuidado, Argonautas. Cuando a punto estén de llegar a Colquis, deberán pasar por un estrecho en donde las rocas se juntan contra las otras. *(Sale.)*

están disgustados.
Jasón: No toleraré insubordinaciones en este barco. De continuar tratando de infundirnos temor, le pediré a Atalanta que te propine una lección.
Atalanta: Y yo encantada de cumplir con sus órdenes, capitán.

El mar se agita con mayor violencia y el día ya no luce tan brillante. Escuchamos entonces un ruido, como de piedras que caen; y el sonido aumentará hasta que grandes montañas aparecen por los costados.

Heracles: ¡Observen! Llegamos al estrecho en donde las rocas se juntan contra las otras.
Jasón: Debemos remar con fuerza. No rendirnos ni

dudar de nuestras capacidades, es la clave para terminar victoriosos. ¡Adelante!

Los Argonautas reman, excepto Acasto, quien aprovecha la confusión para pedirle a su padre Pelias que emplee todos sus poderes para hundir el barco. Mientras tanto, los relámpagos no detienen sus rugidos; las rocas los han aprisionado y empiezan a dañar la estructura de la nave. Heracles reacciona, y demostrando su fortaleza, con visible esfuerzo, se dispone a separar las rocas. Al cabo de unos momentos, lo consigue.

Argos *(uniéndose al júbilo de sus compañeros):* ¡Por Zeus, lo hemos logrado! Y si no me equivoco, aquella ciudad que se vislumbra a la distancia, debe ser Colquis.

Atalanta: Nuestra meta. En Colquis, sus habitantes custodian el vellocino de oro. Finalmente liberaremos a la humanidad de todos los terrores a los que Pelias nos ha conducido.

Acasto *(desenfundando una espada que en lugar de acero, parece hecha de fuego.):* No si antes lo impido. Morirán y jamás serán recordados por la humanidad que tanto quisieron proteger de Pelias, mi padre. *(Lucha contra Jasón, quien con facilidad lo vence. Derrotado, salta al mar.)*

Jasón: Déjenlo ir. Nuestro destino es más importante. Permanezcan alertas, Argonautas; la fatalidad nos asecha. *(Preparados para el combate, Los Argonautas bajan del barco y se trasladan hasta el proscenio, donde son recibidos por Medea, quien viste con una túnica que, por el color blanco, resalta entre los ambientes violetas.)*

Medea: Sean bienvenidos a Colquis, Argonautas. En

nombre de Eetes, el emperador de la región, los saludo.

Argos: Explícanos, ¿quién eres tú que tan bien nos conoces y tratas?

Medea: Mi nombre es Medea y soy la sacerdotisa de estas tierras. Conozco las artes de la adivinación y por ello sé todo sobre ustedes. Pero no teman, que mis poderes de brujería sólo serán utilizados para su beneficio.

Atalanta: Llévanos entonces hasta el vellocino de oro. De lo contrario, peharemos para obtenerlo.

Medea: Todo a su momento. Primero permítanme ofrecerles la hospitalidad de Eetes, mi amo y señor.

(Con un movimiento de manos, oculta la embarcación tras los telones. Heracles descubre que iluminado en el fondo de la sala, cuelga el vellocino con gran brillantez. Jasón y Argos tratan de alcanzarlo por el lado izquierdo de la sala; a su vez, Atalanta y Heracles por la derecha.)

Acasto: ¡Momento, Argonautas! ¿O deberé llamarlos, chasconautas?; ¿o mejor dicho, tontonautas, mediocrenautas o perdedoresnautas?

(Entre relámpagos y pequeñas explosiones, un dragón nos sorprende entre el público.) Permítanme presentarles a Eetes, el vigilante del objeto que tanto anhelan.

Medea: ¡Detente, mi señor Eetes! Los Argonautas son hombres de paz; tú me prometiste ayudarlos.

Eetes: ¿Dije eso? Me temo que os he mentado, bella Medea. (*Ríe, dejando escapar un hilo de fuego por su boca.*) Olvidé mencionaros que soy el principal servidor de Pelias, vuestro enemigo.

Jasón: ¿Qué provecho piensas obtener de todo esto? Pelias te destruirá cuando tú ya no le sirvas.

Eetes: Ignorante. Todos los mortales tenéis los mismos defectos: sois un grupo de alimañas temerosas y de escasa memoria, y Pelias supo salir beneficiado de vuestros defectos.

Argos: ¿A qué te refieres, miserable lagartija desarrollada?

Acasto: Tienen derecho de conocer la verdad antes de ser devorados por Eetes.

Eetes: Sois vosotros, la humanidad, nuestros inventores. Vivimos dentro de vuestros corazones; somos la encarnación de cada odio, dolor, miedo, envidia. Cuando creáis que ya no tiene sentido ninguno de vuestros sueños, es el momento de aconsejar a vuestros sentimientos.

Jasón: ¿Y qué sentido tiene vivir en un mundo repleto de rencores?

Eetes (*luego de soltar otra bocanada de fuego.*) Porque entonces obtendremos la voluntad de cada persona, y de esta manera, no habrá día que no penséis en comprar una guerra.

Acasto: ¡Y quien controla los sentimientos humanos, tiene el poder!

Heracles: ¡Hjm! **Dragoncitos** a mí. Cuando termine contigo, me servirás de calefactor para las épocas de invierno.

Atalanta: Y con tu piel, me elaboraré un vestido.

Eetes: ¿Imaginabais acaso que vendría solo? (*Ríe.*) ¡Guerreros de la Noche, os ordeno que ataquéis a Los Argonautas! (*Los que hasta el momento se encontraban pegados en las paredes —como parte de la escenografía exterior— son los que cobran vida para enfrentarse a nuestros héroes. Las armas de Los Argonautas no dañan al ejército.*)

Medea: Conozco los mágicos secretos de Eetes; su influjo es demasiado fuerte. (*Rocía a Los Argonautas con polvos brillantes.*) Hechizos de confianza es lo que necesitan ahora. Hechizos de valentía y coraje, para que la melancolía no pueda derrotarlos. (*Paulatinamente serán derrotados los contrincantes, y librado el obstáculo. Atacan por ambos costados al dragón.*)

Eetes: Os enviaré hasta los abismos más profundos y más infernales. (*Escupe una gran cantidad de fuego.*)

Jasón: Fineo me dijo que al encontrarme en peligro aparentemente insuperable, que abriera este cofre. (*Así lo hace y es el inicio de una tormenta de nieve que apaga las llamas.*)

Eetes: ¡Alejaos de mí! Parece que el poder de Pelias me ha abandonado. La seguridad que demuestran vuestros espíritus acabarán por hundirme en las profundidades a donde pertenezco.

Acasto: Los humanos son ingratos; olvidan con facilidad. Tengan la certeza que volveremos para propiciar su destrucción por medio de sus propias angustias. (*Desaparecen entre la tormenta y, hasta ese momento, Jasón se apodera del vellofino de oro.*)

Jasón: Aún no es el momento para festejar. Argonautas, regresemos a casa y enfrentemos a Pelias, el despiadado. Ha llegado el fin de su imperio.

Medea (*con un pase mágico, abre nuevamente el telón.*): Desearía acompañarlos; existe un camino



C. Barquera 97

que acorta las distancias y que agilizará el regreso. *(Las miradas son de reserva, pero deciden llevarla. Corren hacia el barco y, al principio, el recorrido es tranquilo, pero algo vuelve a enturbiar los mares.)*

Jasón: Preparados. Efectúen su máximo esfuerzo. Después de este dilema, continúa nuestro mayor enfrentamiento.

Medea: Una vez que hayamos cruzado el oceano de Ares, habremos llegado a nuestro destino.

Argos: ¡Miren! A lo lejos se aproxima algo misterioso. *(En lo alto aparece una parvada de aves metálicas.)*

¡Cuidado! Son los espeluznantes pájaros de bronce.

Jasón: ¡Argonautas! Cuidemos que no caigan sobre de nosotros su filoso plumaje de metal; remen con vigor y tratemos de escapar. *(Los pájaros atacan.)* Demasiado tarde, compañeros. Los seres alados lanzan sus mortales armas hacia nosotros.

Argos: ¡Que los dioses nos protejan! Sus plumas de metal son como lanzas que han comenzado a destruir la nave. *(Efectivamente, el ataque causa estragos; las velas y zonas del barco son despedazados.)*

Atalanta: ¡Capitán! El mar nos invade; nos estamos hundiendo. *(Medea y Argos caen al suelo.)*

Heracles: ¡Jasón! Pídele a Zeus que venga a protegernos. El filo de las plumas que nos caen del cielo, han herido a nuestros amigos.

Argos (recuperándose): Aún poseo fuerzas para no dejarme vencer. *(Lanza su jabalina y dan en el blanco a algunos pájaros.)*

Medea: Han sido sólo unos rasguños, pero gracias al efecto de mi mágica medicina, seguro que nos curaremos.

Jasón: ¡Magnífico! Los problemas deben ser afrontados con valentía; para todo dilema existe una solución.

Medea, te encargarás del timón. Heracles, tu fuerza vuelve a sernos necesaria; remarás por nosotros.

Recuerda que no soportaremos demasiado, nos hundimos. Llévanos a tierra con rapidez. . . Argos, con tu escudo protégenos del ataque de las siniestras aves. Atalanta, hoy más que nunca, debes demostrarnos que eres la mejor arquera del universo. Junto con mis flechas, destruiremos a la amenaza alada.

Aunque parezcan vencidos de antemano, el enfrentamiento lo ganarán. Cuando esto suceda, veremos que Los Argonautas se encuentran agotados.

Zeus (apareciendo en algún punto, entre relámpagos): Bienvenidos, Argonautas, al reino de los Eolios; a lo que fue el imperio de los padres de Jasón.

Jasón: El reino de mis padres; mi reino. He regresado para ocupar el sitio que me corresponde y salvar a los hombres que alguna vez fueron libres del dominio de Pelias.

Zeus: Silencio, Pelias puede estar en cualquier parte y atacarlos por sorpresa.

Heracles: No le temo. Aunque débil por el enorme esfuerzo, aún he conservado algo de energía para el truhán.

Atalanta: Y mis flechas siguen con sed; beberán la derrota del dictador.

Pelias: ¿Truhán, dictador, malvado? ¿Osan llamarme con tantos adjetivos, cuando mi existencia se debe a los sentimientos negativos que habitan en el corazón de los humanos?

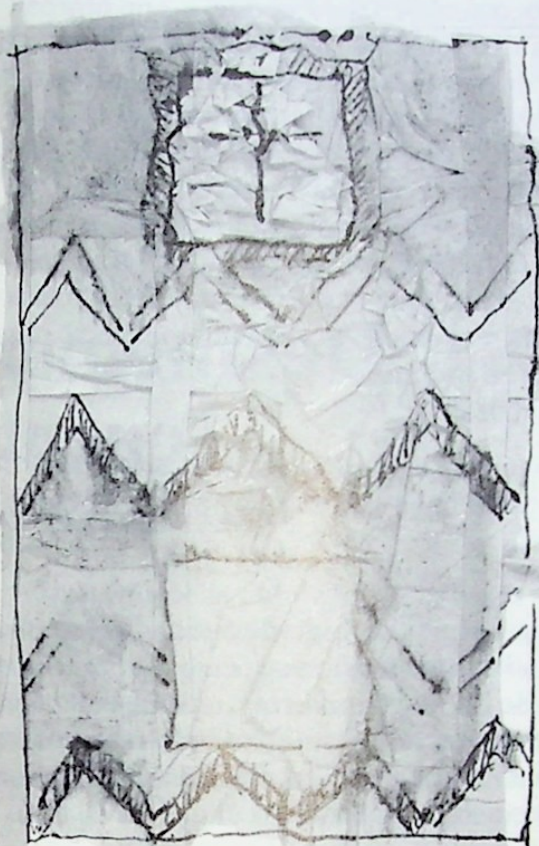
Jasón: Ha llegado el momento de luchar contra esos sentimientos. La humanidad no puede ser esclava de sus miedos y odios.

Pelias: Olvidas que soy poderoso, que la humanidad es feliz viviendo con su mediocridad. . . Cada mentira que construyen, cada guerra que fabrican, cada desprecio que se dedican entre ustedes, cada maldad que son capaces de saborear, cada traición que planean, cada vez que su avaricia ocasiona el hambre de un pueblo, cada vez que su mal llamada justicia protege al asesino, van nutriendo mi cuerpo. ¡La humanidad me ha inventado y me necesitan todos ustedes para que siga funcionando el caos y la destrucción! Hijos míos, como odian, jamás saldré de sus mentes, ni de sus corazones. *(Es ahogada su felicidad cuando Los Argonautas se preparan para pelear.)* ¿Qué significa esto? ¿Acaso suponen que me he quedado solo? Se equivocan.

Zeus: ¡Cuidado! Detrás de ustedes ha aparecido Arctón. *(Arctón es un gigante peludo, con seis brazos, contra el que pelean.)*

Argos: El enfrentamiento es desigual. El monstruo parece invencible.

Pelias: Lo es, porque sus debilidades son invencibles. Arctón siente sus miedos, sus desconfianzas y por eso no puede morir.



C. Banguera 97

hay un detonador que nos motiva a destruir la ignorancia. ¡Cubre a Pelias con el vellocino!

De un impulso, Jasón sigue el consejo de Medea. De esta manera, las espadas de Los Argonautas entran con facilidad en los cuerpos de los enemigos. Pelias emite un sonoro grito de derrota. Entonces, el ambiente se llena de relámpagos en un espacio oscuro. Al concluir el desconcierto, surge una pequeña luz que se mueve hacia cualquier lado.

Una Vez: Todo comienza a partir de una pequeña luz. Una luz, por más pequeña que sea, siempre será una ayuda para salir de la confusión.

La luz aumenta. Lo que antes era sombrío, ahora resplandece en una ciudad armónica, ya sin la presencia de Pelias ni de Arctón que han desaparecido. Los Argonautas se felicitan por el triunfo.

Heracles (ayudando a levantarse del suelo a Argos.): La desconfianza y la envidia ha sido eliminada para siempre.

Jasón: No es prudente que nos confiemos del todo. La amenaza del dolor, el odio y la confusión pueden aparecer en cualquier momento. (Sobre de un trono, ya en el escenario, está el vellocino; Jasón se dirige a ocupar su asiento entre aplausos y acompañado de los Argonautas y de una marcha triunfal.)

Argos: Aquí estaremos Los Argonautas, alertas y dispuestos a luchar. Porque el dolor que representa Pelias, no puede ser más fuerte que nosotros.

Heracles: En cada ser humano hay un Argonautas, y a partir de hoy, no se dejarán vencer por las fuerzas del menosprecio.

Atalanta: ¡Vivan Los Argonautas! (Eufóricos, juntan sus espadas mientras el telón se cierra.)

Zeus: ¡Esperen! Antes de irse a sus casas, quisiera recordarles que las historias de aventuras o de fantasía no importarían ni siquiera para ser contadas, si no fuera porque en ellas explicamos o ponemos a prueba nuestros valores más profundos: a todos nos indigna la injusticia. . . Hasta pronto, que tengan un buen día.

Aalanta: ¿Cuál será su punto de flaqueza? ¿En qué radica su fuerza? (Arctón le arroja al rostro un polvo brillante.) ¡Ayúdenme, no puedo ver nada! (Entre Argos y Heracles intentan detener al gigante quien, de un manotazo, arroja lejos a Argos.)

Argos (sin poderse levantar del suelo): Parece que éste es el final. Pelias triunfará sobre nosotros y, entonces, la desconfianza habitará en el ánimo de los hombres. (Jasón corre hacia Pelias y lo golpea con su espada sin ningún resultado.)

Heracles: No sé por cuánto tiempo pueda detenerlo. A Arctón lo impulsa la melancolía de la gente. Hace falta una verdadera proeza para no morir en manos de Arctón.

Pelias: Una vez más han demostrado la inconsistencia humana; los rencores, los odios y el llanto son más fuertes que la esperanza. (Con la espada arrincona a Jasón.) ¡Morirán Los Argonautas! Entonces, mis ejércitos invadirán el mundo y cada hombre será una estatua de mediocridad.

Medea: ¡Jasón, recuerda el vellocino! (El vellocino está en el suelo y Jasón hace un notorio esfuerzo para alcanzarlo.) El vellocino de oro representa la imaginación de los hombres, y en donde existe la imaginación, el miedo desaparece. ¡Esfuézate, Jasón! (Jasón recupera el vellocino.) Dentro de la imaginación